

Una investigación acerca del historial médico durante el sitio de Querétaro, 1867*

Guillermo Fajardo-Ortiz**

Hace 129, años en 1867, en la ciudad de Querétaro, ocurrió un hecho histórico, áspero: el Sitio de Querétaro, entonces Maximiliano de Habsburgo (1832-1867) al frente de sus fuerzas se situó en la plaza, dispuesto a librar la batalla decisiva contra el gobierno del presidente Benito Juárez (1806-1872); hubo además de hechos militares, acciones religiosas, sociales económicas y médicas, inextricablemente unidas y mezcladas.

En esta ocasión se presentará un tema apasionante, un trabajo de comprensión de los actos y motivaciones de la atención médica durante el sitio; para elaborarlo he rastreado infinidad de fuentes, archivos originales y documentos de carácter público.

Al explorarlo se encuentran sorpresas, al encontrar hechos no mencionados en las historias conocidas. Como protagonistas se manifiestan: sacerdotes, generales, hermanas de la caridad y médicos, el pueblo fue el gran actor; los escenarios fueron campos de batalla, casas semiderruidas, plazas acabadas y hospitales de campaña, por ese entonces la ciudad de Querétaro tendría alrededor de 40 mil habitantes.

Durante el memorable sitio de Querétaro, una mañana de los últimos días de abril de 1867, había una intensa actividad guerrera entre liberales e imperialistas. Al lugar de los hechos llegó a grandes trancos el sacerdote de las fuerzas conservadoras Agustín Guisasaola (- 1889), hombre casi quincuagenario, encontró un panorama desolador; de la polvareda y de las columnas de humo negro salían gritos de dolor y furia, algunos hombres caían con los ojos desorbitados, otros sangraban y no pocos

perdían brazos y piernas; el padre, en forma serena, cumplió no sólo con sus deberes eclesiásticos, trataba de aliviar y atender en sus dolores a hombres de ambos bandos, lo que provocó la ira de propios y extraños, quienes se preguntaban: ¿está con Dios o con el diablo?

El padre Guisasaola, 20 años antes, durante la invasión americana, tuvo otro perfil profesional, sirvió a México con el grado de capitán.¹

El estado de sitio realizado por las fuerzas republicanas principió al iniciarse el mes de marzo de 1867, terminó el 15 de mayo de dicho año, duró 70 días.² La incertidumbre propia de la lucha dislocó entre los hombres las relaciones de afecto, amistad y jerarquías; hubo hechos dramáticos y contrastantes de diversa índole. En la población y en las familias había partidarios del Imperio y de la República, se contemporizaba con la corona y se auxiliaba a liberales, hubo zancadillas y lealtades.

Maximiliano de Habsburgo, Miguel Miramón (1832-1867) y Tomás Mejía (1824-1867) trataron en múltiples ocasiones de romper el sitio, para defenderse fortificaron puntos estratégicos, como era la iglesia de la Cruz, cuyos muros eran gruesos y se encontraba en una porción elevada, también el cerro de las Campanas, fue lugar idóneo para fortificar, además excavaron trincheras, fabricaron salitre y pólvora para hacerse de municiones y utilizaron parte de la cubierta metálica del techo del teatro Iturbide para elaborar proyectiles; para todas estas acciones recurrieron a trabajos fatigosos, extenuantes, hubo jornadas diarias realizadas por hombres de 16 a 60 años de edad.³

* Presentado el 22 de mayo de 1996 en la Conferencia Inaugural de la XXXIII Jornada Médica de la Academia Nacional de Medicina, Querétaro, Qm

** Académico titular

Correspondencia y solicitud de sobretiros: Departamento de Salud Pública, Facultad de Medicina UNAM. Ciudad Universitaria. México, D.F.

Defendieron la plaza más de nueve mil elementos, comandados por los jefes imperialistas; circunvalaron la ciudad alrededor de 10 mil liberales, en los dos casos los hombres provenían del medio campesino, su promedio de edad no era arriba de 25 años. Hubo enfrentamientos diarios, dos batallas provocaron cuantiosas bajas a los dos grupos, una se desarrolló en la Hacienda de Casa Blanca, tuvo lugar el 24 de marzo, la segunda ocurrió al sur de la ciudad, en la colina del Cimatario, un mes después, el 27 de abril. En el combate de Casa Blanca, el grupo atacante tuvo dos mil bajas, entre muertos, heridos y apresados; las pérdidas de las fuerzas imperialistas también fueron cuantiosas, los dos bandos se defendieron con valentía. En la batalla de la colina del Cimatario, al iniciarse los hechos, los imperialistas triunfaban, además de privar vidas humanas y causar lesiones, obtuvieron como ganancia diversas armas de fuego; pasaron las horas, y entonces las tropas liberales repuntaron, hicieron estragos en los defensores, utilizaron rifles de repetición, carabinas y cañones, logrando incautar víveres.

El 14 de mayo de 1867, undía antes de terminar el sitio, la situación para las fuerzas imperialistas era insostenible, había desgastes; el saldo humano: lesionados, lisiados, fallecidos y desaparecidos innumerables deserciones y desánimo. Las autoridades castrenses había requisado de carga, los que fueron sacrificados para servir de alimento, buscaban también semillas, granos y frutas, llegando al saqueo. En cuanto a la población, la vida era dura, hubo enfermedades, hambruna, sed y desesperación, como consecuencia de que los víveres, el agua, el carbón y las velas escaseaban. La situación empeoró tanto para los militares imperialistas como para el pueblo cuando se hizo manifiesta la falta de agua. Los liberales habían volado un trozo del acueducto de Querétaro, entonces la carencia de higiene se enseñoreó. En habitantes y combatientes brotaron enfermedades: tisis galopantes, pulmonías, diarreas, parasitosis, gangrenas, tifo, sarna, erisipela y otros problemas de la piel, que tuvieron como compañeras a heridas, laceraciones, mutilaciones y fracturas de huesos. El Hospital Civil,⁴ que se ubicaba en lo que había sido el esplendoroso Convento de Santa Rosa, era insuficiente. no podía atender a tantos baleados, acuchillados, quemados, golpea-

dos, hambrientos y enfermos; para evitar hacinamientos hubo que buscar y usar otras edificaciones, improvisando mal acondicionados hospitales y enfermerías. El Casino Español, los espaciosos conventos de San Francisco y la Cruz y otros locales sirvieron como hospitales de campaña, olían a sangre y descomposiciones humanas; los actos quirúrgicos abundaban; las suturas, la contención de hemorragias y las amputaciones eran lo habitual, las que se efectuaban con equipo estropeado, bisturíes desafilados, sierras desdentadas, agujas despuntadas e hilos no limpios, así había podredumbre—infecciones—y mortalidad elevada; quienes morían sin quejarse, comprendían poco lo que estaba ocurriendo. Muchos médicos y otras personas de buena voluntad prestaron y otorgaron sus servicios a todos los sitiados, de la mayoría se desconoce su nombre; la historia ha recogido los nombres de los doctores José Licea, Agustín Ruiz Olloqui y Joaquín Martínez sirvieron en los establecimientos médicos, en las viviendas y en los lugares de los hechos, nunca estuvieron ociosos, fueron ayudados por personas de ambos sexos que transportaban, daban alimentos, arrojaban y procuraban asear a heridos y enfermos.

En cuanto al doctor Licea, probablemente sus proclividades ideológicas estuvieron más cerca de los republicanos que de los imperialistas, sin embargo, atendió al general conservador M. Miramón de heridas, un balazo a quemarropa en la mejilla derecha y un rasponazo en la mano izquierda,⁵ ocurridas el día de entrega de la plaza, el 15 de mayo de 1867. En otro orden de ideas, dieciséis años después de terminado el sitio, en el año de 1883 el doctor A. Ruiz Olloqui fue aceptado como miembro correspondiente de la Academia Nacional de Medicina.⁶

Hubo otro médico queretano, el doctor Manuel Domínguez (1830-1910), hombre pragmático, fue efímero Prefecto Imperial de Querétaro,⁷ que durante su cargo pretendió establecer una medida bastante impopular, que asombró a los habitantes que consistió en decretar una contribución diaria con relación al número de puertas y ventanas de las fincas,⁸ para contar con fondos a fin de realizar mejor su gestión, no obstante esta disposición y su posición oficial, tuvo el coraje y la audacia de desafiar calladamente a los imperialistas, manifestó su sensibilidad humana, tuvo acciones solida-

rias en favor de la población, hizo que sus carencias fueran menos dolorosas, les facilitó alimentos, por otro lado protegió a los liberales prisioneros, evitándoles castigos y venganzas. Termina el sitio y cambia de residencia trasladándose a la ciudad de México, sobresale como político, buen médico y entusiasta profesor de medicina; en 1868 ingresa a la Academia Nacional de Medicina, en 1884 es Secretario General de la misma y en 1886 es Presidente de la Academia.⁹

Otra figura protagónica en la atención médica fue un extranjero, Samuel Basch (1837-1916), médico personal de Maximiliano, nacido en Praga en 1837; estudió en Viena, fue formado bajo una disciplina prusiana, se ocupó de organizar los servicios médicos para los sitiados. Escribió un pequeño libro titulado "Recuerdos de México. Memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano (1866 a 1867)", fue publicado en México en 1870.¹⁰ la versión original fue editada en alemán en 1868.

En los textos dicho documento, Basch da cuenta de sus remembranzas sociales y políticas en México, refiere sus experiencias médicas en Querétaro, autoelogiándose indicó que confrontó negligencias y deficiencias en los cuidados a los pacientes mismas que fueron superadas gracias a su intervención, ya que mejoró reglamentaciones que dificultaban las atenciones, asignó recursos e inspeccionó las instalaciones médicas. Para mantener en funcionamiento los servicios médicos estableció un mecanismo administrativo, conforme la Junta de Beneficencia, cuya misión era recaudar fondos entre la población para contar con medios para atender enfermos y heridos de las dos facciones. Basch señaló en su escrito que en sus cometidos fue ayudado por el médico alemán Prantl, del que no se sabe mucho.

El documento de Basch fue conocido poco después de publicado por el literato Hilarión Frías y Soto (1831-1895), republicano,¹¹ de convicciones inquebrantables, fue un penetrante observador de su tiempo y su espacio. Frías, con letras resueltas, facilidad de expresión y pasión nacionalista, no con patriotismo. reavivó el fuego, censuró, crítico y moralizó las páginas de Basch, indicando errores y falsedades, escribió al respecto un libro breve, titulado "Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano",¹² fue editado en México en 1871.

En realidad lo escrito por Basch fue un instrumento que facilitó conocer mejor la estructura y los problemas de la atención médica durante el sitio de Querétaro, sin embargo, juzgó de acuerdo a su punto de vista, no reflexionó; no percibió las características culturales de los mexicanos, ni las diferencias con las de los europeos.

Después del sitio, Basch regresó a Europa, entonces estudia, investiga y se dedica a la producción científica, no olvida a México y México no lo olvida, pero se borran rencores y errores, y en 1870 es aceptado como miembro corresponsal de la Academia Nacional de Medicina.¹³

En cuanto al contexto y espacio liberales, bajo el mando del general Mariano Escobedo y el también militar Ramón Corona; ante la necesidad de que sus tropas recibieran servicios médicos, contaron con un grupo de profesionales, cabe destacar a los doctores José Guadalupe Lobato, Angel Carpio, José Palacios y Tomás Chávez, quienes dedicaron su tiempo, sus conocimientos y su trabajo a hospitales improvisados, donde no resultaba fácil atender a los necesitados ya que los medios eran exiguos. La infraestructura hospitalaria se instaló en el Molino La Purísima y en la Fabrica de Hilados y Tejidos Hércules y en la Hacienda de Alvarado.

El doctor JG Lobato estuvo en Querétaro en calidad de jefe de una comisión de médicos civiles, fue enviado por el Gobernador Interino de Guanajuato, el señor León Guzmán. El doctor Lobato destaca profesionalmente en el sitio, conjuga la cirugía con la higiene; a los pacientes que operaba en pobres quirófanos, después de intervenidos los colocaba en la herida un apósito grueso de algodón impregnado con subcarbonato de sosa o de tequezquite, sustancias que impidieron infecciones y septicemias.¹⁴ Sus acciones fueron catalogadas como innovadoras, este trabajo de vanguardia, otras labores quirúrgicas y varios escritos publicados en la Gaceta Médica de México motivaron que en 1879 y 1880 ocupara la Secretaría de la Academia Nacional de Medicina.¹⁵ Por otro lado, los también talentosos facultativos Carpio¹⁶ y Palacios¹⁷ escriben al paso de los años en la Gaceta Médica de México.

El personal médico republicano se sentía agobiado por la situación apremiante; atender tantos casos por día parecía estar más allá del límite de

sus capacidades, por lo que recibieron colaboración de jóvenes bien intencionados, pero mal dotados profesionalmente. Gracias a la intervención del general republicano Vicente Riva Palacio (1832-1896), los jóvenes fueron sustituidos por seis hermanas de la caridad, mujeres agradables que no tenían nada de guapas, pero eran personas pulcras y amables; aceptaron el reto, cumplieron con sus obligaciones profesionales, además de recitar oraciones varias veces al día.

Una vez negociada la paz, en los días siguientes, los médicos de las dos banderas se confunden en sus acciones profesionales, atienden a todos. sirven a la población en general, tanto a heridos como a enfermos del grupo defensor y del grupo atacante. Maximiliano sufría dolores abdominales constantes, tenía una enfermedad aguda: Basch y otros médicos lo auxiliaban en su pequeño dormitorio, le prescribían remedios; Miramón se encontraba en convalecencia de la herida en la mejilla, se le practicaban curaciones y Mejía era atendido de una enfermedad severa; por esos días era Médico Jefe del Ejército Republicano, una persona de apellido Rivadeneira y contaba con la colaboración del doctor José María Siurob Montañez (1821-1903), queretano, quien fue miembro corresponsal de la Academia Nacional de Medicina desde 1864, un año después de haberse fundado dicha corporación.¹⁸

Tras el derrumbamiento del sitio, sin poder catalogarse como atención médica, en el cerro de las Campanas, el día 19 de junio, fecha en que fueron fusilados Maximiliano y los generales imperialista-Miramón y Mejía, se desarrolló un acto relacionado con la misma. Una vez acatadas las órdenes de ¡listos! ¡apunten! ¡fuego!, un practicante de medicina llamado Melesio Calvillo y Hoyos, cuando cayó Maximiliano, sin vacilar, señaló el lugar del corazón para que se le incrustara el tiro de gracia.¹⁹

Epílogo

Durante el sitio de Querétaro las fuerzas imperialista y las tropas liberales se enfrentaron; en la atención médica no hubo distinciones, fue un recurso de valor social y de apoyo para todos. A pesar de las diferencias ideológicas y carencias los médicos de ambos bandos practicaron la equidad

y la eficiencia; por otra parte al paso del tiempo la convergencia profesional aumentó, cuando varios médicos de las dos corrientes se identifican y confunden en diversas formas con actividades de la Academia Nacional de Medicina, la que tenía pocos años de existencia, ya se vislumbraba para entonces, la intensa actividad creadora que había de realizar en el campo de la salud de México.

Referencia

- Rodríguez-Familiar J. Documentos para historia de Querétaro. Efemérides de Querétaro 1888-1895. Querétaro, Qro. 1973. Tomo II. pp. 64.
- Ramírez-Alvarez JG. En Querétaro triunfa la República Federal. Ediciones del gobierno de Querétaro, Qro. 1981:18-21.
- Landa-Fonseca C. Querétaro, una historia compartida. Gobierno del Estado de Querétaro. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Querétaro, Qro. 1990:90.
- Díaz-Ramírez F. Hospitales y médicos queretanos. Ediciones Culturales del Gobierno del Estado. Querétaro, Qro. pp 29-34.
- Junco A. Un Siglo de Mejico: de Hidalgo a Carranza. Ediciones Botas. Mejico. 1946:942.
- Academia Nacional de Medicina. Archivo. Documentos siglo XIX.
- Ayala-Echevarri R. Decadencia del Imperio. Querétaro, textos de su historia. Cecilia Landa Fonseca compiladora. Gobierno del Estado de Querétaro. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Querétaro, Qro. 1989. Tomo II. pp.71.
- Trueba-Urbina A. Teatro de la República. Ediciones Botas. México. 1954:68.
- Fernández del Castillo F. Historia de la Academia Nacional de Medicina. Editorial Fournier. México, D. F. 1956:207.
- Basch S. Recuerdos de México. Memorias del médico ordinario Emperador Maximiliano (1866 a 1867). Obra traducida del italiano al español. Editora Nacional. México. 1953.
- Fajardo-Ortiz G. Orden y desorden de la atención médica durante el Sitio de Querétam en 1867. ¿La historia está hecha por los vencedores? Gaceta Médica de México. 1991;127:377.
- Frias y Soto H. Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del Emperador Maximiliano. En A. Peñafile, ciudades coloniales y capitales de la República Mexicana. Historia colonial de Querétaro desde la fundación hasta la caída del Emperador Maximiliano de Habsburgo. Imprenta de la Secretaría de Fomento. México. 1991:918.
- Academia Nacional de Medicina. Archivo. Documentos Siglo XIX.
- Flores y Troncoso F de A. Historia de la medicina en México desde la época de los indios hasta el presente.

- Tomo III. Edición facsimilar con una advertencia al tomo III de Juan Somolinos Palencia. Instituto Mexicano del Seguro Social. México. 1982:685.
15. Academia Nacional de Medicina. Archivo. Documentos *Siglo XIX*.
 16. Carpio A. ¿*Cuál* debe ser el *lugar más* conveniente en unas poblaciones *para* la erección de un cementerio? *Gaceta Médica de México*. 1873;8:225.
 17. Palacios J. En la velada fúnebre del Dr. Luis Hidalgo y Carpio. *Gaceta Médica de México* 1879;14:269.
 18. Fernández del Castillo F. Historia de la Academia Nacional de Medicina. Editorial Fournier, México. D.F. 1956:210.
 19. Rivera A. Anales mexicanos. La reforma y el segundo Imperio. Universidad Nacional Autónoma de México. Coordinación de Humanidades. México 1994:340.